



La poesía frente al agotamiento psico-político de una guerra material y anímica

Gabriela Bard Wigdor*

I. ¿Dialogamos entre nosotrxs?

La revolución es un problema somático

Amador Fernández-Savater, 2018, *Cronopolíticas*

El presente ensayo nace inspirado en el poemario de *Escrito desde los cuerpos*, especialmente del poema de Jessica González -Jeka-, *Entrevista laboral*, el cual transmite una experiencia que podría ser la vivencia por miles de argentinas en este momento, y que también vinculé con mi propia biografía. Desde y con el poema dialogué con la carne del último libro de Amador Fernández-Savater, *Capitalismo libidinal* (2024), con autores viscerales clásicos de la teoría crítica (Rancière, 2010; Marcuse, 1968), con los aportes de obras literarias como *Huaco retrato* de Gabriela Wiener (2022), y narrativas varias de los feminismos materialistas (Brow, 1999; Cvetkovich, 2024), resultando en reflexiones que conectan estos recorridos.

Puntualmente, el poema que elegí de la colección narra la situación de ser una mujer joven que materna y que lucha desde incertidumbres sociales contra el agotamiento por la supervivencia cotidiana, así como nos afecta con las diversas desigualdades, violencias y discriminaciones que sufre en su cuerpo y en ellas todas las corporalidades feminizadas en general. Colectivizo y abro esta experiencia para pensar sobre cómo en el engranaje entre lo psíquico-anímico y lo social opera el poder, no solo desde afuera, sino también desde dentro, constituyéndonos diariamente. Vivimos en un orden sociopolítico que es estresor del cuerpo, un régimen neoliberal que produce agotamiento y agobio, donde los cuerpos compiten de manera constante en condiciones de precariedad y en un estímulo permanente para dar toda su energía en la producción laboral-íntima, que ya no se diferencian claramente. Por eso, las luchas son disputas económicas y psico-anímicas, no solo materialistas y de clase.

* Facultad de Ciencias Sociales / Universidad Nacional de Córdoba - gabrielabardw@gmail.com



En ese sentido, en este ensayo exploro algunas derivas reflexivas que surgen del diálogo imaginario con la poesía y la teoría social, teniendo presente la advertencia que planteaba Jacques Rancière (2010) acerca de que el lenguaje académico anula el carácter vibrante de la poética popular, midiendo este arte con el rasero de las tesis reconocidas sobre la historia de los movimientos sociales o explicando su contenido como expresión de las condiciones de vida de esas poblaciones: “De este modo se introduce una diferencia de estatuto entre dos tipos de discursos: aquellos que expresan una condición social y los que explican, a la vez, esa condición y las razones por las que se expresa de cierta manera” (Rancière, 2010: 8). Lejos de ejercer esta diferencia, lo que intento plasmar en este ensayo es el acontecimiento de un encuentro entre la poesía y la escritura ensayística para pensar la realidad que experimentamos, sin jerarquías entre dichos registros. Rancière llama a este ejercicio “la igualdad poética del discurso”, que quiere decir que los efectos del texto que nace del encuentro entre poesía y ensayo son decisiones narrativas y expresivas en un mismo plano compartido con aquellxs cuyo discurso pedimos prestado. Así, tomando prestado la poética de Jeka, a continuación comparto reflexiones acerca de las condiciones en las que sobrevivimos en el neoliberalismo y los posibles puntos, apuestas, utopías concretas de fuga.

II. Cantar en tiempos de maternidad y rapiña

Comienza el poema de Jeka, *Entrevista laboral*:

Me llamo Jessica González, tengo 26 años, soy madre soltera.
Me gusta escribir y cantar rap.
Cuando era pequeña me gustaba jugar a la pelota, corría muy veloz.
A los 18 años terminé la secundaria y quiero empezar la universidad,
debo acomodarme los tiempos porque tengo que cuidar a mi niña.
Ella tiene ocho años y un día quiere ser astronauta y llegar a la luna.
Shhhhhhhh sentate en la silla (...)

Como Jeka, también tengo un hijo, pero él quiere ser futbolista. Me costó y me cuesta estudiar, trabajar y descansar maternando, pero no estuve ni estoy sola. El papá, mis viejxs, mi hermana, se responsabilizan cada unx de alguna porción de los tiempos de cuidados que insume cuidar

de un bebé. Sin embargo, para el sistema laboral nunca fue suficiente el tiempo que le entregaba por fuera de la maternidad, ni la energía ni la dedicación estaban a la altura de las circunstancias del mercado académico. No se reconocieron las redes de sostén gratuitas a las que recurrí y recurro para obtener ese tiempo fuera de la maternidad que me permite trabajar más de doce horas diarias y seguir maternando (que nunca es del todo, porque la cabeza está siempre un poco ahí, con tu hijx). Siempre faltaba y falta productividad, más artículos, más clases, más correcciones, más reuniones, más tiempo. Lo que no regresa es un tiempo para la escucha amorosa y respetuosa sobre pañales, sueños, mal dormir y miedos en esos lenguajes de la academia. Mucho menos importa si no te alcanza la plata, el descanso y el deseo. Si las tareas de cuidado están afectando tus oportunidades de sostenerte en un mundo laboral que niega, pero se sostiene sobre las tareas de cuidado y domésticas no reconocidas ni remuneradas que hacen los cuerpos feminizados alrededor del mundo.

Cuando era niña y no comprendía aún la brecha de desigualdad que se abre entre géneros y clases, cuando aparecen las tareas de cuidado-domésticas en la vida de los cuerpos feminizados, quería ser escritora y tal vez pintora. También ser revolucionaria, sí, hacer la revolución. Hubo un tiempo donde militaba por grandes utopías como la sociedad sin clases. En aquel entonces trabajaba, y mucho, en diferentes organizaciones, copas de leche, comedores populares. Nunca pudimos, junto a mis compañerxs de militancia, revolucionar el capitalismo, pero sí que conquistamos derechos y movimos el suelo de la patria que se sublevó junto con los gobiernos populares de la región o de la llamada “década ganada”. ¿Les cambió a ustedes la vida en algo esos gobiernos? En mi caso, accedí a becas para estudios superiores. De hecho, soy la primera generación de profesionales en mi familia y hoy trabajo de lo que estudié en la universidad pública. ¿Podrás Jeka tener una hija que estudie en la UNC? ¿Podrá la hija de Jeka, y Camilo, mi hijo, recibir una beca de estudio, conocer un Estado que proteja?

Actualmente estoy más cerca de creer que se hace, como dice el Indio Solari, una revolución con una canción de amor, o que mejor es confiar en utopías concretas de las que hablaba Herbert Marcuse (1968). Las utopías concretas tratan de localizar las “vías de fuga” que habiliten desbloquear las situaciones que se nos presentan aparentemente sin salida. No implica proyectar a futuro, sino detectar “potenciales” que se encuentran latiendo

en el presente y que invitan a otros futuros posibles, pero que el estado de cosas reprime y asfixia... son como “bombas pequeñas”. Por ejemplo, se trata de encontrar tiempos de ocio y creatividad en un tiempo de pura manía productiva. Pero ¿cómo hacerlo si la explotación del tiempo en el neoliberalismo es moneda corriente?, la precariedad es la constante, por eso los sectores trabajadores somos precarios de tiempo (Fernández-Savater, 2024), y no podemos definir qué es lo actual y qué es ya pasado, porque ese es el poder de los sectores dominantes.

“Debo acomodar los tiempos” dice el poema de Jeka, pero cómo hacerlo si, al decir de Rancière (2010), existe un tiempo “normal” que es el de la dominación y que nos marca los ritmos, los plazos de trabajo, de cuidados, de descanso y de ocio. Los ritmos del neoliberalismo se caracterizan por la velocidad, el presentismo y la competencia, por la comunicación de plataformas y porque ya no hay presencia física. Nos diluimos tanto en lo virtual que somos la Inteligencia Artificial de nuestro entorno próximo.

En consiguiente, el tiempo externo es el que se marca social, económica e históricamente, y que se vive fenomenológicamente en la conciencia. Es una construcción o conveniencia social, en cada formación histórica se definen conceptos y saberes temporales para orientarse en el mundo. Así, en el capitalismo occidental, el tiempo es lineal y de progreso acelerado, donde el futuro es siempre una promesa por venir y el pasado debe ser superado. Por tanto, el tiempo se transforma en un dispositivo de poder, una racionalidad de gobierno contemporánea que ejerce fuerza y limita o potencia la vida de las personas y sus construcciones sociales (Hernández Zapata y Bedoya Hernández, 2022). En efecto, en el neoliberalismo, como le sucede a Jeka, a todos nos falta tiempo. Ya hemos normalizado pasarnos la vida diciendo que “necesitamos un día de 36hs”, que no damos más con el ritmo de trabajo, que estamos agotados y que no tenemos tiempo de nada, que es sinónimo de imposibilidad de vida por fuera del empleo y el rendimiento.

El Grupo Krisis (1990) plantea que el clima de la lógica del rendimiento y de la escasez de tiempo genera sujetos con manía persecutoria y de acoso, una cultura empresarial paranoica que se esparce entre nosotros. Así, nos enfermamos y desmotivamos por vivir, mientras las exigencias laborales aumentan y cambian los requisitos de modo constante, la competencia se vuelve más salvaje y crece el consumo por encima del tiempo libre. Sin embargo, nos queda el tiempo interno que se vincula a los pro-

cesos singulares de los objetos y la materia orgánica, los ritmos madurativos del cuerpo, de la carne, independientes del contexto. Esos tiempos internos hablan: ¿Qué nos dice el cuerpo del descanso, de la necesidad de abandonar el celular unas horas? ¿Qué deseamos cuando miramos al infinito en una tarde de viento? ¿Cómo soportamos tanto?

Nadie nace o debería nacer destinadx a ningún empleo, situación o futuro marcado alguno. Sin embargo, sucede que los capitales familiares escasos se heredan escasos, así como la abundancia genera concentración de poder en algunas familias que mandan. Acá aparece la distinción:

A ver... ¿Te dedicás a escribir ahora?

Supongo que no te pagan ¿verdad?

Dedicate mejor a limpiar casas.

La gente afortunada y con plata siempre está buscando quien limpie sus suciedades.

Hacé como tu mamá y tus hermanas, seguro la deben pasar bomba.

De tal palo, tal astilla, repiten y repiten una y otra vez la misma historia de “Cenicienta, la esclava”.

En esta materia estás aprobadísima.

Pierre Bourdieu (1988) analiza el gusto y el consumo de los bienes culturales en el contexto de la sociedad francesa, y escribe que esto constituye una disposición que diferencia y se hace apreciar, que marca o establece diferencias mediante una operación de distinción. El gusto, que es una práctica, tiende a reproducir relaciones sociales de desigualdad. De modo que una práctica como el gusto, que se asume ausente de toda influencia ajena a la voluntad individual, no es una acción en libertad, sino que depende de condiciones sociales de producción que existen con independencia de los actores sociales específicos y que moldean sus acciones. O sea que ni Jeka, ni quienes la cuestionan ni nadie gusta, come, se viste... libremente. Tenemos gustos de clase y también singulares, producto de nuestras biografías, los cuales son cargados socialmente con prejuicios, capitales y afectaciones varias.

Asimismo, la narración de Jeka muestra los efectos de un desajuste de expectativas de clase en la mirada colonial de quien la interpela. Conmoción sensitiva. ¿Cómo es que una madre hace poesía? ¿Cómo es que una mujer puede pronunciar la palabra gorda, loco, menstruar en un poema?

Son demasiadas rebeliones, existe finalmente algo de agencia en nosotrxs que moviliza, despierta el cuerpo del/a otrx.

III. Nidos de palabras (“Nido de alma ñe’ẽ”)

Las piernas, bien cerradas, nada de saltar, no sos un caballo.
Afeitate los bigotes, tus piernas son un asco.
¿Cuándo vas a adelgazar?
Estás gorda, decís que haces dieta y tragás a lo loco.
Guácala, estás menstruando.
Mmmmm, tus pechos son muy grandes, te verías mejor si te sacaras un poco.
Ojos de huevo, dientes de burro.

Luego de este pasaje de Jeka, viene a mi cabeza el libro *Huaco Retrato* de Gabriela Wiener (2022), donde la novelista narra en primera persona la incorporación a un grupo que impulsaba la “descolonización del deseo”. En algunos de los pasajes sobre las reuniones del grupo, Wiener decía:

A descolonizar mi deseo solo pueden entrar personas migrantes y racializadas, por eso no se presentan como un espacio mixto. No queremos dejar de follar entre blancos, lo que queremos es empezar a follar entre nosotras. Hemos blanqueado el sexo, hemos blanqueado el amor, lo hemos racionalizado [...] desconfíen de los ojos azules de la lógica del Progreso, porque nos hacen dejar de amar cuerpos como los nuestros. Nos hemos alejado de nuestras propias formas de vida amorosa y sexual de lo que nos sale del coño [...] estamos aquí para poner en cuestión el deseo y descolonizar nuestras camas. Trabajaremos duro en perder la fascinación por aquello que se nos enseñó bello (Weimar, 2022: 119).

Todo lo que masivamente se entiende por bello es producto de un movimiento colonizante sobre nuestros deseos y estéticas. El paradigma estético, moral y de clase burguesa, blanca y delgada, educa el sentido del deseo y del amor. Por eso existe una distribución sensible de género, clase y raza sobre lo deseable e indeseable de los cuerpos. Son también reacciones físicas, a nivel de lo somático, de la piel, como dice Amador Fernández-Savater (2024), y no solo ideológicas. Genera que ciertas estéticas nos

desagraden y otras nos atraigan, que ciertas partes del cuerpo se invistan de mayor importancia que otras, o que despreciemos determinadas elecciones o gustos de clase por masivas. Por tanto,

No hay economía política sin economía libidinal [...] no hay modo de producción que no esté sostenido en una determinada posición de deseo. Es un tipo de actitud, de motivaciones y de disposiciones ante los demás, el mundo y la vida en general (Fernández-Savater, 2024: 69).

En ese sentido, la presión externa por un cuerpo hegemónico, por cierto modo de disponer, de presentar el cuerpo feminizado, cuenta con nuestro propio deseo cargado de mandatos sistémicos que vuelven aspiracionales estereotipos y modelos de belleza irreales. Al decir de Amador Fernández-Savater (2024), el deseo como potencia singular es desplazado y aplanado hacia un deseo de lo mismo, un goce por lo homogéneo, lo equivalente y lo intercambiable. Y ese deseo es pura potencia, energía en estado de exaltación para que consumamos lo que creemos que nos falta. Lo cual intensifica nuestros malestares con respecto al cuerpo, a la vida que llevamos y nos pone más ansiosxs de objetos-mercancías. Incluso el amor está mercantilizado en cientos de aplicaciones de citas, las que se vuelven galerías de cuerpos a consumir, seleccionar y desechar personas. Recurrimos al mercado del amor, del fitness, al coaching y a las neurociencias hegemónicas para que nos vendan cómo “vivir mejor”: “Nuestras sociedades están enganchadas en el goce del consumo, en formas de adicción y compulsión, satisfacciones sustitutivas y compensatorias de una vida mutilada” (Fernández-Savater, 2024: 83). Nuestras vidas son vidas neoliberales, siempre podemos, debemos, queremos gozar de cuerpos perfectos, saludables, capaces y productivos. Somos una gran empresa donde el cliente neoliberal tiene siempre la razón. Nada permanece intocable para el mercado, nuestros cuerpos, deseos y energías pueden comercializarse, venderse y explotarse, sobre todo cuando nos sentimos inconformes con el mismo o nos dicen que deberíamos estarlo.

VI. Manifiesto conciencia de clase

Negra sucia, ¿qué te hacés la superada?

¿Qué querés estudiar una carrera universitaria?

Si apenas pudiste terminar un cursito de peluquería y con suerte conseguís algo.

Sos esa típica pibita de barrio que sueña con progresar, que se esfuerza tanto, labura, estudia, se capacita

¿Y para qué?

Para volver a la misma miseria de siempre.

Estoy segura de que te la pasás sentada mirando por la ventana cómo se te pasa la vida y seguís igual.

Discursos, representaciones racistas y clasistas sobre la vida de otrxs como moneda corriente en la *era de la crueldad*. La meritocracia es su vehículo, sus ruedas, la idea de tener que merecer por oposición al derecho es un triunfo neoliberal. Actualmente, merecer es un requisito que se impone como condición de acceso a todo derecho social: la vivienda, los estudios y el desarrollo personal deben correr por parte del esfuerzo de lxs sujetos individuales. Es el nuevo mantra de la nueva o extrema derecha para justificar despidos de empleadxs públicxs, achicamiento de becas de estudio y subsidios estatales a sectores empobrecidos y enfermxxs crónicxs u oncológicxs. Merece vivir en la filosofía neoliberal solo quien produce lo que gasta, las calorías se cuentan como en la peor dieta.

De hecho, la meritocracia tiene impacto moral y psíquico-anímico en la demanda y la presión que generan sobre los cuerpos y la vida social. Está ahí en esa frase que dice que no podés, que no “te da” para ese laburo, que no te lo merecés, o cuando te lleva al límite de las energías, porque siempre tenés que poder, se encuentra en el marido que grita que no servís ni para madre, en los miles de “no” cuando buscás trabajo embarazada o con hijxs a cargo, en los “negra de mierda” cuando te equivocaste en una maniobra con el auto y en los empleos precarios a los que accedés siendo mujer, madre y de sectores trabajadores. El mérito es un criterio de distribución de oportunidades según definiciones arbitrarias y socialmente construidas.

Al respecto, Gastón Souroujon (2021) sostiene que la meritocracia despliega la cosmovisión de que una sociedad justa es aquella en donde

cada unx recibe lo que merece. Se clasifican los saberes, el talento, la inteligencia y el esfuerzo. De ese modo “se mide” para distribuir recompensas que derivan en posiciones desiguales. El correlato de la meritocracia es una sociedad de clases que finge demencia ante la distribución desigual de la riqueza y la herencia, que presupone que los sectores más vulnerados de la sociedad merecen la situación en la que se encuentran. Dejan por fuera los distintos determinantes estructurales que generan desigualdad y responsabilizan a lxs individuos por su suerte.

Estás promovida a la siguiente etapa, ¿qué sigue?, ¿te gusta cantar?
Pero ¡qué payasada Dios mío!
Buscate un trabajo como la gente, dejá de ladrar como un perro.
Tus vecinos tienen razón, qué digo, el mundo tiene razón, las jóvenes
madres solteras y pobres son unas inservibles buenas para nada.
Perdoname que sea tan sincera, lo que pasa es que yo siempre voy de frente,
no me guardo nada.
Está bien, capaz me excedí un poquitín.
Volvamos de nuevo, contame, contame un poquito más de vos.

En este pasaje del poema existen quienes niegan la capacidad creativa de la autora, porque resulta impensable que una mujer de una posición social como la que presupone (y presuponemos) en Jeka pueda hacer arte. Mucho menos una mujer, quien pertenece al hogar. Debe estar callada y cumpliendo órdenes: “Vos no debieras hablar”, es el dictado social, así no se “te cae la cara de vergüenza” ¿sabes? Pero ¿qué es lo que se cae con la actitud de no callarse? No se cae el orgullo frente al rechazo a la supervivencia de la cultura de sectores subalternos, la resistencia ante la amenaza a la integridad y la sobrevivencia de su personalidad y carácter. Con el orgullo se reivindican valores y culturas, creando la propia cultura, lo que es equivalente a la vida del sí mismx. Por eso, el que te nieguen, te invisibilicen o te humillen es que te asesinen el espíritu. Son afectaciones que conducen a un especial sentimiento de vergüenza provocado por la humillación como causa primera o última de toda violencia en la historia, ya sea hacia lxs otrxs o hacia unx mismx. Las humillaciones son formas de violencia y nada es tan humillante como saberse y sentirse humilladx.

También, podríamos pensar en los discursos odiantes junto a Wendy Brown (1999), quien desde Sigmund Freud (1992) plantea que el amor

por el objeto, un amor que no puede resignarse al par que el objeto mismo es resignado, se refugia en la identificación narcisista, en el odio que se ensaña con ese objeto sustitutivo, insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica. A veces pienso cuál es el objeto perdido de la sociedad, el motivo por el cual lxs trabajadorxs odian a otrxs trabajadorxs. Digo, la teoría de la alienación no es suficiente, pienso también en una reacción melancólica que se expresa en la discriminación, en el discurso de odio que abunda socialmente contra los sectores populares. Quizás lo perdido sea la promesa de inclusión vía ascenso social con el pleno empleo y el estudio, proyectándose este duelo no resuelto en un mecanismo de culpabilización de ciertos sectores sociales por su condición de desempleo, pobreza o precarización. Una manera de distanciarse de una situación que se siente como si “te respirara en el cuello”, porque todxs podemos ser desempleadx, pobres, en cualquier momento.

En Argentina tenemos generaciones de personas que nacen en contextos de pobreza, que se hereda también generacionalmente. Los estudios secundarios y universitarios, que supieron ser el corte con el ciclo generacional de la pobreza, ya no significan inclusión ni ascenso social. Hemos perdido la batalla de la inclusión vía la educación-empleo y estas pérdidas materiales han sido también ideológicas: hemos fracasado en la construcción de una democracia sustancial y en la apuesta por una clase social trabajadora como actor colectivo de cambio. Por eso, los sectores de izquierda, progresistas, garantistas de derechos sociales, se encuentran extraviados en sus gramáticas políticas discursivas y prácticas. Lejos de mirar críticamente esta situación, “Llegamos a amar nuestras pasiones y razones de izquierda, nuestros análisis y convicciones de izquierda, más de lo que amamos el mundo existente que supuestamente buscamos transformar con estos términos, o el futuro que estaría alineado con ellos” (Brown, 1990: 3). Mientras, miles de laburantes presxs de ciclos de precariedad y explotación luchan por hacerse un lugar diferente en la sociedad meritocrática del “saber hacer bien”. En consecuencia, para el grupo Krisis (1990) vivimos en un mundo de individuos flexibilizadx capitalistamente, somos gente universalmente explotada, insolidaria y solitaria. Competimos porque la propia existencia es lo que se juega. La desconfianza general gana terreno.

Por eso, para Wendy Brown (1999), sufrimos con la sensación de que lo perdido no es solo un momento histórico, sino una pérdida de coherencia teórica y empírica, de una forma de vida y un curso de búsquedas políticas.

Pero en el centro vacío de todas estas pérdidas, quizás en el lugar de nuestro inconsciente político, ¿no hay también una pérdida no reconocida, a saber, la promesa de que el análisis y los compromisos de la izquierda les darían a sus adherentes un camino claro y seguro hacia lo bueno, lo correcto y lo verdadero? (Brown, 1999: 4).

Con esa última interrogación, la autora nos conduce a reflexionar sobre nuestros apegos melancólicos a consignas e imaginaciones de izquierda que ya no coinciden con el clima de época. La izquierda tiene que reinventarse junto a los sectores oprimidos de toda la sociedad y de modos creativos, urgentemente.

V. El erotismo en nuestras apuestas

Cada orden socioeconómico tiene su estructura de sentimientos (Williams, 1961) o infraestructura afectiva que lo sostiene, así como instituciones que organizan el deseo y le dan forma. Esta estructura tiene que ver con cómo se vivieron o sintieron, o cómo se viven y sienten, las cosas en una época, en un lugar determinado y, en muchos casos, por parte de una generación en particular. En el libro *La larga revolución*, Raymond Williams (1961) enfatiza la idea de que la cultura de un período es el resultado vital específico de todos los elementos de la organización general. Son los valores tal y como son vividos y sentidos activamente.

El neoliberalismo es una nueva estructura de sentimiento, donde además de la desigualdad material aguda del capitalismo, tenemos una guerra anímica que, por un lado, vuelve maníaca a una parte de la población con exceso de trabajo y productividad: el no poder parar nunca. Por eso, un sector se lesiona, despotencia, se “avería” por el exceso de productividad que rompe el cuerpo. Por otro lado, la exclusión total del mundo del trabajo, con fenómenos colectivos como la depresión, la angustia y los suicidios juveniles. Estamos ante un momento donde lxs sujetos “ya no dan más”, están agotadxs, agobiadxs. ¿Qué hacemos con masas de poblaciones

ánimicamente maníacas, deprimidas o quemadas? No tengo dudas que algo del orden de lo psíquico-ánimico debe incorporarse en nuestras estrategias de lucha contra el neoliberalismo. Cuidar el ánimo, volver eróticas nuestras ideas, que sean nuevamente percibidas como revolucionarias y no conservadoras de un pasado que ya no existe.

Si la voluntad es el idioma de la productividad, podemos oponer otras ideas fuerza, como la que Franco Berardi (2018) nombra como *sensibilidad*, una sensibilidad como cualidad que es receptiva, que “no busca dominar, forzar y conquistar, sino acoger, escuchar y dejarse afectar por los fenómenos del mundo” (Berardi, 2018: 95). Ese orden no es patriarcal, y confronta con los valores masculinos dominantes de las nuevas y extremas derechas, que se caracterizan por desplegar los valores de la potencia, la competencia salvaje y la aniquilación del más débil. Amador Fernández-Savater (2024) habla de desertar, abandonar el mandato de rendimiento, de acumulación y de aprovechamiento al máximo de cada persona, objeto y paisaje. Aprender a perder es como fracasar en la teoría queer.

En consecuencia, necesitamos cambiar la forma en que deseamos, descolonizar el deseo para cuestionar las estéticas occidentales modernas dominantes que son funcionales a un orden racial, de género y clase. La estética de mujer blanca, delgada y fitness es funcional a un modo de financiarización de la vida, de capitalización del cuerpo como mercancía y como marca. Sobre ese cuerpo se montan toda una serie de industrias de la salud y la belleza para hacerle la guerra a las diferencias que nos singularizan y reforzar las ficciones naturalizadas de racialidad, género y clase. Necesitamos cambiar no solo lo que deseamos sino también cómo lo deseamos. Otra relación con nuestro deseo abriría nuevas puertas, porque fracturaría la forma en que percibimos estereotipadamente la realidad y ampliará nuestros horizontes de ser y dejar ser.

Referencias

Berardi, Franco. (2018). *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*. España: Traficante de Sueños.

Bourdieu, Pierre. (1988 [1979]). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

- Brown, Wendy. (1999). Resisting left melancholy. *Boundary 2*, 26 (3), pp. 19-27. Durham: Duke University Press. <https://www.jstor.org/stable/303736>
- Cvetkovich, Ann. (2024 [2012]). *Depresión. Un sentimiento público*. Buenos Aires: Coloquio de Perros.
- Fernández-Savater, Amador. (2024). *Capitalismo libidinal. Antropología neoliberal, políticas del deseo, derechización del malestar*. España: NED.
- Fernández-Savater, Amador. (2018, junio 9). Cronopolíticas: ¿alguna vez te han regalado un siglo? *Lobo Suelto. Anarquía coronada*. Argentina. <https://lobosuelto.com/cronopoliticas-alguna-vez-te-han-regalado-un-siglo-amador-fernandez-savater/>
- Freud, Sigmund. (1992 [1915]). Duelo y melancolía. En: *Obras completas. Vol. XIV* (pp. 1914-1916). Buenos Aires: Amorrortu.
- González, Jessica -Jeka-. (2025). Entrevista laboral. En: Agustín Liarte Tílica y Fabiola Heredia (Eds.), *Escrito desde los cuerpos. Experiencias colectivas, diversidad corporal y procesos extensivos* (pp. 31-32). Córdoba: FFyH, UNC.
- Grupo Krisis. (1999). *Manifiesto contra el trabajo*. Fanzine.
- Hernández Zapata, Edwin Alexander y Bedoya Hernández, Mauricio Hernando. (2022). Tiempo y gubernamentalidad: aproximaciones al gobierno del tiempo en el neoliberalismo. *The Qualitative Report*, 27 (10), pp. 2313-2336. Florida: Nova Southeastern University. <https://doi.org/10.46743/2160-3715/2022.5472>
- Marcuse, Herbert. (1968). *El fin de la utopía*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Rancière, Jacques. (2010 [1981]). *La noche de los proletarios: archivos del sueño obrero*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Souroujon, Gastón. (2021). Las trampas de la meritocracia. Un recorrido por los problemas más significativos que esconde el merecimiento. *Revista de Estudios Políticos*, 191, pp. 59-80. España. <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.191.03>

Weiner, Gabriela. (2022). *Huaco retrato*. Buenos Aires: Random House.

Williams, Raymond. (1961). *The long revolution*. Londres: Chatto & Windus.

